

**EL PARAÍSO DE LAS ISLAS
(I PARTE) 09-01
EL PADRE DEL CUCHILLO
(I, cc. 12-14)**

Emilio Sola
emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 28/05/2012 y 20/07/2023
Número de páginas: 22
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com



12

**Preparativos de viaje hacia el país de la princesa Fatema,
en el *Un león y una Fénix* del capitán Francesco Mengano**

Sentía este amanuense una honda desgana instalársele dentro,
muy dentro, allí donde debe de ser más negra la oscuridad
que debe reinar bajo la piel. Paseó hasta la playa. Lucía el sol
sin la más mínima veladura de aquella tan frecuente bruma del sur,
inmisericorde luz. Uno, dos, tres veleros llevaban izadas velas blancas.
Tras él, la manta de algodón de franjas de color rojo, verde, blanco y azul,
tan oranesa, recuerdo o regalo de Lauari Bujudmi,
el padre del cuchillo, extendida en la arena. Y sobre ella
el cuaderno de notas en el que debía dibujar los caracteres que, todos juntos,
en orden, hicieran inteligible para otros la historia del padre del cuchillo,
ya inolvidable desaparecido.

Cientos, un torbellino de imágenes y colores
se le agolparon en la mente mientras intentaba fijarla

en la línea horizontal del horizonte, el rojo, amarillo y negro de las serpientes venenosas, el rojo, verde y amarillo de las naves cartaginesas, la pálida Diana, diosa de la luna y de los bosques, la locura de bares y de bancos de aquella ciudad del interior lejana, el verde intenso de un magnolio centenario en un solar, aquel emperador romano que en Spalato regaba coles o aquel otro, tal vez Vespasiano, que murió de pie -¡oh, Yamel el Inflexible, cómo abordar tu historia con piedad!-, aquel matrimonio rijoso y bien avenido que eran Mesalina y Claudio y aquel emperador, Trajano, que nunca engañó a su mujer, Plotina, con otra mujer, el asfodelo, que no la amapola, flor de Baco, la gran reina de Oriente, Zenobia de Palmira, como un varón, derrotada por Aureliano y confinada en Tívoli a esperar la muerte, los caballos de Aquiles pastando loto y apio palustre, el sacrificio a la tierra y al sol de un cordero blanco y una cordera negra, el castaño del Etna, tan ramificado que podía dar cobijo a cien caballos bajo su sombra, Julio César regando con vino un plátano de sombra centenario en Córdoba, el amor de Fierabrás por su hermana Floripés, Zeus y Hera jodiendo sobre un lecho de hierba verde, fresco loto, azafrán y jacinto espeso y tierno, la novilla de un año, sin domesticar ni conocer el yugo, con los cuernos dorados, el momento tremendo en que los amigos y amigas de siempre comienzan a descubrir la vejez los unos en los otros, el manto azafranado de la aurora, o el rosado, o el cobreño del atardecer, la obediencia a la noche, "el sueño, que repara todas las fatigas..."

Y este amanuense supo que debía continuar con la historia con la ayuda de las tres gracias, hijas de Afrodita y Dionisos, que dan a los hombres alegría, elegancia y buen humor.

*

Por la noche la ciudad de los vientos se desplegaba como un encaje de luciérnagas que unas manos amorosas de hada buena hubiera labrado con primor; el castillo de los españoles iluminado, en lo alto del monte que dominaba la ciudad, destacaba fantástico en lo oscuro, como suspendido en el aire, nave de fábula o disforme luna o caprichosa. Los barcos esperaban pacientes su turno de entrada a puerto, sus fanales encendidos, y acentuaban la imagen de ensueño y luz que toda la bahía ofrecía en la noche. Desde lo alto del roquedal o atalaya de Canastel, la visión era aún más hermosa si cabe, la lejanía ofreciendo unidad a aquel encaje luminoso.

Lauari Bujudmi se había retirado aquella noche, solo, para serenar ideas, al hotel-clínica de reposo que se alzaba en el acantilado de Canastel dominando la bahía de la ciudad de los vientos. La sucesión inusual de situaciones nuevas de las últimas semanas le tenía algo aturdido; de alguna manera le habían hecho quebrar el ritmo habitual de su tiempo. Desde la niñez éste había transcurrido a ritmo lento de días largos y años cortos,

pero en las últimas semanas, desde que Salem, el templado saharauí, y la princesa Fatema Bentmalek le habían solicitado su ayuda para llevar a buen término los planes conspiratorios en el exterior del reino de Malek H. Ntani II, comenzó para él un vertiginoso ir y venir cotidiano que le hacía sentir la rara sensación de que el día era demasiado corto, de que al día le faltaban horas. También estaba aquella sensación nueva, jamás experimentada antes, del sin límite en los recursos materiales -el poderoso dinero- a la hora de elaborar un plan.

En el refajo de la princesa Fatema, y en dólares y euros, los huidos del reino vecino traían consigo una verdadera fortuna, además de tres joyas de excepcional valor disimuladas en estuche ingenioso en forma de tres collares de abalorios gruesos, a simple vista de bisutería fina. La vieja Mamía no pudo contener las lágrimas cuando la princesa Fatema Bentmalek puso en sus manos las tres más bellas sargas de diamantes, rubíes y esmeraldas que habían contemplado sus ojos, engarzadas en oro, a la vez que le ofrecía: "Tome para usted, Mamía, las tres gemas que prefiera, una de cada sarga o tres de la misma, para un herrete que adorne uno de sus vestidos; es el mínimo regalo que puede y debe ofrecerle esta princesa fugitiva como cortesía, que no como pago, por su hospitalidad". Mamía se había resistido al principio pero al fin eligió un rubí, una esmeralda y un diamante, las tres más diminutas gemas de la sarga, y la propia Fatema Bentmalek las engastó en una de las cintas del vestido de la anciana.

Pero si por un lado estaba la riqueza, por otro estaba la necesaria clandestinidad. Y a ella hubieron de sacrificar, de momento, el viaje de Fatema Bujudmi. Fue necesario que Fatema Bujudmi, al tercer día de estancia en Cueva del Agua, abandonara su refugio en casa de Mamía y, con pesar pero sabiéndolo necesario para la continuación del plan que habían elaborado, acudiera a casa de su tío Busacram el carnicero para tranquilizar a la familia sobre su viaje de huida de la casa paterna. No era conveniente que la policía de la ciudad de los vientos pudiera estar alerta por su causa, y Fatema Bujudmi cumplió el papel de tranquilizar los ánimos de sus parientes, de dejar vía libre a Lauari para moverse con soltura por la ciudad. Más aún, consiguió que el teléfono de la casa de su tío el carnicero fuera la centralita -ella telefonista con todo su tiempo dedicado a ello- receptora de las comunicaciones con el exterior, principalmente con el capitán Francesco Mengano. Y en casa del carnicero de Delmonte, Busacram Bujudmi, se comió durante aquellas tres semanas mucho pescado: casi a diario Sherico les visitaba con un cesto repleto de frescos salmonetes y calamares, algún hermoso mero, doradas, lubinas pequeñas y hasta gambas imperiales, grandes como la palma de la mano.

--Este muchacho parece que te quiere, sobrina -le dijo un día Jera, la mujer de su tío Busacram-, y aunque se le ve chico trabajador y su rostro y su mirada son francos, no sé si es bueno para tu porvenir... Sólo es un pescador.

Fatema la había tranquilizado. Los tiempos cambiaban, Sherico y ella, como Lauari, estaban coordinando un trabajo interesante y bien remunerado, las relaciones entre chicos y chicas ya no eran como en sus tiempos, únicamente conectadas con el sexo y la familia, además de que la profesión de Sherico no era muy diferente a la del tío Busacram, el marido de Jera, carnicero.

Desde lo alto del acantilado de Canastel, Lauari Bujudmi, solo, desde el balcón de su habitación, contemplaba la ciudad iluminada y -casi luna llena ya, la bóveda celeste estrellada casi tan hermosa como en el ancho llano del sur, su mar Sahara- recordó los trabajos y fatigas de las últimas tres semanas. Sin duda lo más laborioso había sido convencer al capitán Francesco Mengano, y en ello la suerte había jugado importante papel. El primer golpe de suerte fue encontrarle en su casa veneciana, de manera que no fue difícil la comunicación telefónica. Lauari Bujudmi y Salem supieron hacerle comprender que se trataba de un viaje que había de ser muy bien pagado, algo así como una peregrinación de una persona importante que lo único que precisaba era discreción y rapidez, así como que no se trataba de ninguna operación ilegal que pudiera dañarle sino todo lo contrario, una piadosa acción. Quedaron en que, a quince millas de la costa, a la altura del puerto de Arzew, un día determinado tomarían contacto con él aprovechando un viaje del *Un dragón y una Fénix* a Cartagena de España. Para dicho contacto, Halimo y Sherico habían conseguido contratar al más adecuado de los barcos de bajura, el arrastrero de un tal Hanifi, viejo marino que había sido amigo íntimo y compañero de guerras de Francisco Giménez o Halimo el Cojo.

Lauari Bujudmi no había podido resistirse a la tentación de participar en aquella que se le presentaba como la gran aventura de su vida, y había gestionado todos los papeles personales necesarios para poder viajar por el mundo. Ahora, allí en el balcón del hotel-clínica de reposo sobre el acantilado de Canastel, sabía que estaba a punto de iniciar una nueva vida. Al día siguiente, de madrugada, en el arrastrero del viejo Hanifi, él, Salem, la princesa Fatema, una vez más vestida de varón, y el apacible Halimo, que a última hora habían decidido que se incorporara al grupo expedicionario, saldrían del puerto pesquero de la ciudad de los vientos, aquel allí, diminuto en la lejanía, iluminado... Y mil dulces pensamientos y ensoñaciones hicieron que Lauari Bujudmi tardara mucho más tiempo del habitual en convocar al sueño que repara todas las fatigas.

Temprano en la madrugada, Halimo y Salem llegaron en automóvil al hotel de Canastel para recoger a Lauari. Comenzaba la "operación abordaje". Del puerto pesquero de la ciudad de los vientos, en el arrastrero de Hanifi, salieron Halimo, Salem y Lauari. Ya fuera de puerto, a la altura de Pico Martillo, más allá del Pedregal, Sherico y Fatema Bentmalek, vestida de varón, -en la *Fluka Linda*, a la luz incierta del amanecer, desde una de las barandas de Cueva del Agua dos niñas cantaban en honor del joven pescador: "Ya se va Halimo en la fluka linda..."-, abordaron al barco de Hanifi y la princesa fue izada a cubierta del arrastrero. Mientras todos se alejaban

hacia el lugar de la cita con el *Un león y una fénix*, Sherico saludaba desde el chinchorro y se preparaba para recoger la red, aquella mañana él solo.

Todo el día se lo había de pasar el arrastrero de Hanifi, a quince millas de la costa, en la línea de Arzew, a la espera de avistar el carguero de Francesco Mengano. El contacto, por fin, se logró casi a media noche. A una bengala roja respondió una bengala verde, a la que siguió una última bengala amarilla: la "operación abordaje" se había realizado con entera felicidad.



**YAMEL, EL INFLEXIBLE, PIENSA EN LA PRINCESA FATEMA
BENTMALEK**

La muerte del rey Malek H. Ntani II

El capitán Francesco Mengano los recibió en aquel camarote en el que, años antes, Lauari Bujudmi había creído descubrir su vocación marinera y en el que le había suplicado sin éxito que le enrolase en su barco. El pelo y la barba casi colorados, la piel dorada, reseca y con más acentuadas arrugas de las que el Bujudmi recordaba, la osamenta ancha en el cuerpo y la ancha calavera, Francesco Mengano tendió su manaza derecha al recién llegado y, sonriente, se limitó a decirle un "has crecido mucho, chaval", al que el Bujudmi no supo responder más que un "gracias por haber venido, capitán Mengano". Luego le presentó a sus acompañantes: Halimo, buen marinero, Salem, saharauí jefe de la expedición, y Fatema Bentmalek, ilustre viajera de incógnito a quien debían devolver a su país. Halimo salió del camarote con el piloto para visitar el barco y hacerse cargo de alguna faena, lo que deseaba vivamente, y los otros tres compañeros, sentados en torno a la mesa del capitán Mengano, pusieron a éste al corriente del asunto que no habían podido explicarle con detalle por teléfono.

Al final del relato el viejo marino encendió una vez más la pipa y paseó en silencio unos minutos, que a todos les parecieron interminables, como si midiera el camarote con sus pasos. En el centro de la mesa, el equivalente a veinte mil dólares en diferentes monedas y una hermosísima esmeralda que la princesa Fatema había extraído de un bolsón de cuero depositado en el suelo a su lado.

--Demasiado -musitó al fin el capitán-. Temo que sea una locura -miró a los tres y, luego, fijó sus ojos en Salem-. Necesito más seguridades.

--Usted conoce, al menos por la prensa, a Malek H. Ntani II, capitán -le dijo Salem manteniéndole la mirada.

--Sí, claro. Un déspota vicioso y cruel, un tiranuelo... Pero no es vuestra causa la que me hace dudar sino mi seguridad y la vuestra.

--No se preocupe Usted por ello. En el puerto de Algeciras tendrá la garantía que necesita. Los mandos claves de la policía y del ejército están con nuestra causa.

--Bien. El cielo lo quiera así.

A Fatema Bentmalek la instalaron en el camarote del capitán Mengano y los tres hombres del grupo se incorporaron, como un marinero más de la tripulación, a las faenas del carguero *Un león y una fénix*. En Cartagena descargaron los contenedores -productos químicos, al parecer-

y Salem envió un conciso mensaje a la ciudad roja, a la secretaría de la guardia real: "Operación Algeciras en marcha. Carguero *Un león y una fénix* del capitán Mengano. Esperamos órdenes. Viaje feliz". Cuando atracaron en el puerto de Algeciras, ya les esperaba un mensajero. Traía un contrato, firmado y sellado en orden, para transportar a Salé un cargamento de barnices y acetonas del que le ofreció dos frasquitos como muestra al capitán. Tras consultar con Salem y enseñarle las muestras -"Es el contacto, capitán. Firme el documento y en marcha", se había limitado a contestar Salem, eufórico-, Francesco Mengano aceptó el contrato y dio orden de que cargaran el *Un león y una fénix* con aquella mercancía. El enviado les dijo que necesitaban aquel cargamento para el día de la fiesta del trono, como máximo a mediodía.

Más tarde, ya solos, Salem hizo una demostración con su dentadura al capitán Mengano. La trató con aquella acetona que trajera el mensajero y apareció una hermosa dentadura áurea; con el barniz del segundo frasquito, Salem le volvió a dar su apariencia primitiva: una blanquísima prótesis que, de nuevo en su boca, le dio la fisonomía con la que Francesco Mengano le conociera.

--Muy ingenioso -se limitó a comentar el veneciano.

Este amanuense quiere explicar un poco más eso de los barnices y las acetonas. Los treinta y cinco capitanes de la dentadura áurea habían mantenido un sutil juego que, a la vez, era un medio de comunicación; normalmente, durante el ejercicio de sus funciones de mando, la prótesis dental de aquellos hombres aparecía blanquísima o marfileña merced a un barniz especial disimulador y protector del oro, con lo que muchos de sus compañeros de mando y subordinados ni siquiera sabían ni sospechaban que aquellas hermosas dentaduras -muchos, incluso, los envidiaban por ellas- no fueran naturales. Con unas acetonas especiales podían diluir aquel blanquísimo barniz de manera que la dentadura brillara en todo su esplendor amarillo, y era éste un juego del que gustaban -un fingimiento más en aquel mundo de fingimientos que vivían y que se habían visto obligados a crear-, en particular en reuniones con compañeros de la conspiración y en citas clandestinas. Frascos de barniz y de acetonas eran regalos-mensaje también frecuentes y una de las contraseñas de comunicación entre la trama civil y la trama militar y policial. En la gran represión del invierno previo a la fiesta del trono, la fecha decisiva, muchos de los detenidos lograron salvar su vida merced a aquella simple contraseña y pasaban a engrosar la larga lista de los desaparecidos; muchos de estos, en realidad, eran ocultados en lugares especiales bajo control de los conspiradores, en granjas y cuarteles abandonados en donde -siempre con fingimiento de represión- se les alimentaba y armaba en espera del día señalado. A pesar del sigilo, no se pudo impedir, sin embargo, que en los medios populares descontentos y amiseriados se difundiera un insistente rumor, como profecía en su formulación: se acercaba un tiempo

en el que un hombre con una parte de su cuerpo de oro, al frente de otros hombres y mujeres de las mismas características, asolarían al país para vengar a los desdichados y a los pobres y, tras ellos, renacería la justicia, la esperanza de ella al menos, y volverían los soldados de la guerra.

Porque el invierno que precedió a la fiesta del trono -fecha fijada como día clave de la conspiración- había sido uno de los periodos de tiempo más negros recordados en el reino. La guerra del Sahara había entrado en una fase de gran dureza; en todas las familias del centro y de la costa tenían al menos uno, entre muertos y desaparecidos, que llorar; los prisioneros en manos de las tribus confederadas del sur se contaban por millares y, con frecuencia, sus voces llegaban a los lugares más apartados del reino a través de una emisora de radio muy escuchada en secreto y a la que denominaban la "onda de los mártires". En el interior el malestar era evidente. En los sectores más conservadores e integristas se criticaba a la monarquía por el hecho, se decía, de que el rey había dejado el gobierno en manos de sus garzones y cortesanos más caprichosos, vapuleado por las intrigas de harén, y la policía política había sido obligada a llevar a cabo sangrientas purgas entre estos sectores muy conectados con el grupo de hombres de negocios tradicional. El tráfico de divisas se había convertido en una verdadera obsesión en aquellos medios y el empobrecimiento del país era patente para los menos observadores.

La policía política y la militar, en fin, tenían sojuzgado al país; la guardia real, mandada por el joven Yamel el Inflexible, mantenía prácticamente raptado al soberano Malek H. Ntani II. En los días previos a la celebración de la fiesta del trono, después de aquel invierno negro, una rara calma parecía haberse generalizado por todo el territorio y hasta la guerra del sur parecía en suspenso. La víspera de la fiesta, en el puerto antiguo de Salé, el *Un león y una fénix* había atracado con un cargamento de barnices y acetonas. Un helicóptero, con un representante de la guardia real y otro de la policía secreta de la zona, los esperaba.

El día de la fiesta del trono, gran luna de mayo, casi mediada la primavera, amaneció hermoso y en el palacio real de la ciudad roja la actividad era febril. Todos los restantes palacios de la ciudad, incluido el del palmeral del este que se usaba poco, estaban al completo a causa de la amplia afluencia de invitados para la celebración. A mediodía el rey Malek había participado en las ceremonias religiosas tradicionales y, después de un almuerzo con los principales jefes militares, entre los que se encontraba su propio yerno el comandante jefe del ejército del sur, y tras una larga sobremesa en la que aprovechó para recibir consultas y audiencias varias, siempre Yamel el Inflexible a su lado, el monarca se había retirado a descansar y a prepararse para la gran recepción de la tarde, la gran ceremonia del día.

La sala del trono estaba espléndida de adornos e iluminación al atardecer, todos instalados en el lugar previsto por el protocolo para comenzar la ceremonia

de prestación de homenaje y fidelidad al monarca. A la derecha desde el trono, bajo una galería de columnas de fino fuste que sostenían arquillos de herradura lobulados y se abría sobre el jardín que unía el cuerpo central del palacio con el pabellón del hamam o baño de mármol rosa, residencia de las mujeres, se agrupaban las principales damas de la corte; las allí residentes, hijas, esposas y concubinas del rey y de los principales cortesanos, así como familiares de los dignatarios y mandos policiales y militares venidos para la ocasión, deslumbrante mosaico de sedas y pedrería. Mariem, para todos la princesa Fatema, primogénita del rey, estaba allí, en lugar preeminente, al lado de la nueva esposa del soberano, madre de su hijo primogénito y príncipe heredero, aún niño, que entraba en el salón del trono y salía a capricho, con toda naturalidad en sus juegos infantiles con sus meninos. Frente al trono se apiñaban, en estricto orden protocolario, todas las autoridades del reino; a la izquierda del trono, bajo otra arquería gemela a la que ocupaban las mujeres, la guardia real velaba sus armas. Criados de palacio cruzaban el salón de continuo con servicio de té, café o bebidas refrescantes o ayudaban a instalarse en su puesto a los recién llegados, todos a la espera de la próxima llegada del rey Malek H. Ntani II.

Tras el salón del trono, sin embargo, se estaba desarrollando una escena de atroz crueldad que ni siquiera los presentes al tanto de la conspiración podían imaginarse. Yamel el Inflexible había programado -y al rey Malek le había parecido bien- una última reunión previa a la ceremonia principal de la fiesta del trono, en el cuarto de alta seguridad de las reuniones privadas o confidenciales, con los representantes de las tres circunscripciones militares, las tres de la policía secreta y él mismo como jefe de la guardia real, todos ellos antiguos garzones del rey, de su máxima confianza y capitanes de la dentadura áurea comprometidos en la conspiración. Al rey, completamente vestido de blanco para la ceremonia, le extrañó que los siete recién llegados, el propio Yamel con ellos, viniesen también vestidos de blanco, mas no tuvo tiempo a razonar o sacar conclusiones de aquel raro signo que le asombrara. Yamel el Inflexible, una vez todos sentados en torno al rey, se despojó de su capa blanca y mostró una pechera completamente cubierta de joyas de oro, tal si fuera una mujer; sonrió al sorprendido monarca y sus dientes, también de oro, acrecentaron su sorpresa, acostumbrado como estaba a verle dentadura marfileña en los últimos años. La jineta Yamila saltó ágil al hombro de su amo Yamel, más hermosa que el más hermoso de los gatos, la bella matadora, justo en el momento en que éste comenzaba a hablar.

--Rey Malek Ntani: ha llegado el día en que estos súbditos fieles que usted dice que su polla ha engendrado le demuestren que, al menos, son buenos ciudadanos -el tono grave y nada amanerado del Inflexible sonó a los oídos del rey como un pistoletazo, y un escalofrío le recorrió el cuerpo-. Ha llegado, al fin, su hora, señor de nuestros dientes que se creyó señor de nuestra dignidad, que se creyó señor de nuestra libertad.

Yamel se había ido aproximando al rey y, al terminar la última frase, los ojos desorbitados del monarca como alelados, le dio una sonora bofetada; la jineta Yamila saltó a la cabeza del rey y le arañó desde las cejas a las sienes, donde sus cabellos comenzaban a clarear. El estupor había dejado mudo al rey Malek y la mirada fija y enloquecida de Yamel el Inflexible le cortó la respiración.

--Ayudadme, compañeros -rugió Yamel, y sus seis amigos rodearon al monarca-. Quiero ser el primero que le saque un diente a este rijoso bujarrón, maldito de los cielos -y su voz sonaba cavernosa y horrible por el odio.

Luego, todo se sucedió rapidísimo. De un puñetazo certero el Inflexible le saltó un paletón y tres de sus compañeros le extrajeron a golpes los otros tres incisivos superiores; los dos caninos superiores y un incisivo inferior se lo sacaron con la misma violencia los otros tres conspiradores. El monarca había intentado un "¡a mí, la guardia!" que apenas logró comenzar a modular, y la jineta Yamila, excitada por la sangre, desgarraba con sus zarpas breves pero aceradas como cuchillitos las finas telas de la vestidura talar regia y manchas de sangre comenzaban a enrojecer su albor. De la boca del rey manaba sangre como de una fuente agua y Yamel había anudado a la nuca del caído una de sus cadenas de oro, de manera que le mantenía las mandíbulas separadas y la boca muy abierta, impidiéndole articular palabras. A una señal de Yamel, mientras él mismo y otros dos inmovilizaban sobre la rica alfombra de nudo al monarca, cuatro capitanes de dentadura áurea liberaron sus vergas y orinaron sobre la boca abierta del condenado, y el orín y la sangre mezclados salían a borbotones y salpicaban la alfombra y los vestidos del desdichado. Los cuatro abandonaron la estancia a continuación, mientras sus compañeros en cuclillas sujetaban y meaban a su vez sobre el rey caído; a los pocos minutos comenzaron a llegar, de cinco en cinco por turnos, el resto de sus compañeros; caninos, premolares y molares del rey fueron cayendo, uno a uno, a golpes y tirones de los conspiradores, su cabeza magullada en un charco inmundo de orín y sangre. Los dos capitanes que no tuvieron diente o molar que extraer -todos echaron de menos a Salem, el saharauí, ausente que hiciera el número treinta y cinco de los conjurados- se ensañaron con los testículos y polla regia, ya prácticamente insensible el desgraciado, desvanecido, y con los que la jineta Yamila se había enzarzado previamente -luego, la jineta había de depositar la verga real cercenada, tras loca carrera por entre los atónitos presentes, en el centro del salón del trono, mientras Yamel el Inflexible, con las ropas del rey muerto ensangrentadas como las suyas propias, anunciaba eso: la muerte del rey, el fin de la monarquía-, y, como ebrios de sangre e incapaces de mayor crueldad, algunos llegaron a masturbarse sobre el cadáver de Malek H. Ntani II, el propio Yamel bufando como un poseso, los dientes de oro apretados como un epiléptico en trance, en lo que él llamaría luego el polvo más intenso y placentero de su vida...

De un golpe seco, con un mortero grande de cobre dorado

que decoraba una de las esquinas del salón, destrozaron la cabeza del moribundo. Consumada la conjura, como si hubiera pasado un ángel, los últimos capitanes allí presentes se contemplaron en silencio, mudos, serios, asombrados de tanta crueldad contenida a la que al fin habían dado salida holgada. Cada uno se dirigió a ocupar el puesto previsto en palacio y en la ciudad roja, y Yamel el Inflexible, sus ropas en desorden y ensangrentadas, rodeado por la guardia de confianza que había permanecido vigilante en el exterior del cuarto de las reuniones privadas, anunció en el salón del trono la muerte del rey, a la vez que mostraba su túnica destrozada y manchada y la arrojaba con gesto de asco sobre el trono.

*

Un respiro. En estos momentos. Este amanuense. No puede por menos de evocar -qué disparate de lengua y frases- la más hermosa "novela" que nunca escuchara. La historia de Pedro el Navaja. Su diente de oro titilando en el minuto anterior al asesinato de la pobre puta. Aquella noche desdichada. Y ese instante en el que sonó el disparo y cayeron los dos. Y el borracho afortunado: "La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida". Y qué plenitud la de un pueblo en fiestas: "quien a hierro mata, a hierro termina". O aquellas dos hermosísimas "novelas". La de "apoyá en el quicio de la mancebía" y la de "él vino en un barco de nombre extranjero". Piensa este amanuense que aquellos tiempos difíciles de antes del paraíso de las islas tienen tirón, mantienen aún hoy ese halo de chispa mágica que salta, de lección decisiva: nadie puede decir la felicidad es esto sí y esto no, toda existencia es felicidad o plenitud, cada uno por el mero hecho de existir lo roza... y sin embargo hay que seguir apostando por el hacia adelante, por el no chuleo del tiempo, la riqueza o la belleza, por la armonía y la dignidad, por el discurso "¡oye, gente!", sin engaño. Por la normalidad. En fin.

*

Nada más llegar a Salé, Lauari Bujudmi, con Salem y la princesa Fatema Bentmalek, habían sido conducidos con grandes medidas de seguridad al helicóptero que los servicios secretos tenían preparado cerca del puerto y, en él, volaron al sur. Francesco Mengano, Halimo y la tripulación del *Un león y una fénix* quedaban con la consigna de aguardar la vuelta de, al menos, Lauari Bujudmi. El helicóptero, tras dos breves escalas, llegó a la ciudad roja y tomó tierra en el jardín central del palacio en el preciso momento en el que Yamel el Inflexible anunciaba la muerte del rey Malek H. Ntani II. Un destacamento de la guardia real les esperaba en el lugar; el cordón de seguridad, a la izquierda del trono, les abrió paso, pasillo de honor mejor, y ante los ojos de los tres viajeros apareció el sorprendente espectáculo.

Delante del nutrido grupo de autoridades del país y cortesanos, Yamel había ordenado que le trajeran una gran tina de agua; se había desnudado de su ropa y joyas y, desnudo, había tomado un baño purificador. Mientras tanto, hombres de la guardia real habían traído el cadáver del rey; medio desnudo como estaba, lo habían malcolocado en el trono mismo ante la mirada horrorizada de muchos, regocijada de no pocos y el llanto no contenido de algunas de las mujeres presentes. Mientras secaba su cuerpo y se revestía de nuevas vestiduras blancas, seruel, capa y alzán, Yamel el Inflexible había ordenado prender fuego al trono con los despojos del que había sido Malek H. Ntani II; la jineta Yamila había recogido la verga cercenada, ante el estupor general por la ocurrencia del animal, y la había arrojado finalmente a la pira de donde había de nacer el fuego que consumiría trono y cadáver. Y sólo cuando esto hubo sucedido, Yamel el Inflexible pareció darse cuenta de la presencia de los viajeros y los presentó a la concurrencia, expectante ante sus palabras.

--Bienvenida a tu casa, princesa Fatema, y bienvenido tú también, capitán Salem – Yamel el Inflexible se había acercado a ellos y los había saludado con dos besos en la mejilla-. Tu padre el tirano ha muerto -le dijo a Fatema Bentmalek y, luego, se dirigió a todos-. Esta es la verdadera princesa Fatema, hija mayor del que hasta hoy fuera nuestro rey y de la desdichada reina Yasmina. Para protegerla de su propio padre hubimos de organizar su salida del país, y hoy vuelve a nosotros para ayudarnos en la reorganización del gobierno de este maltratado pueblo nuestro.

Nada más ver aparecer a la princesa Fatema en el salón del trono, Mariem había intentado abandonar su lugar al lado de las otras mujeres de la corte para ir a su encuentro, pero la guardia real se lo había impedido; al fin, a un gesto de Yamel, logró acercarse a ella y ambas amigas se enlazaron en un abrazo y lloraron mientras se intercambiaban palabras de cariño. Las seis princesas, hermanas menores de Fatema Bentmalek, también las rodearon con sus abrazos. Yamel continuó.

--El comandante jefe del ejército del sur, traidor a su pueblo, queda detenido. Mi hermana Mariem, que se sacrificó entregándole su cuerpo joven para proteger a nuestra princesa Fatema, decidirá sobre su suerte. Sólo tengo que añadir que desde hoy la guerra de Sahara ha concluido: nuestros soldados regresarán todos a sus casas.

Desde los jardines de palacio llegó a los reunidos en el salón del trono un gran clamor. Aplausos, yu-yus y lilés festivos anunciaron que los jardines estaban abarrotados de gente que, poco a poco y con sigilo, habían ido tomando posiciones tras el cordón de seguridad de la guardia real. Mariem, para todos hasta entonces la princesa Fatema, se limitó a decir.

--Ya ha habido suficiente sangre hoy con la sangre del rey.

Que lo juzguen los suyos, los amigos saharauis que entre él y el rey, de infeliz memoria, habían convertido en nuestros enemigos.

Yamel el Inflexible hizo traer al centro del salón del trono a cuatro niños, los hijos del rey Malek muerto, y, en alto un alfanje que tomara de uno de los hombres de la guardia real, habló a Salem en un tono lo suficiente alto como para que todos pudieran escuchar sus palabras.

--Compañero Salem: tú no tienes manchadas las manos con la sangre del tirano y bien podrías lavarlas en la sangre de estos niños, sus herederos varones directos según las leyes de la monarquía que hoy debemos abolir a ser posible para siempre –el silencio en el salón casi podía oírse, como una caracola marina al oído, y Salem miraba a los ojos de su compañero Yamel desconcertado, casi aterrado. -Dinos tú, tal vez el único de nosotros que no tiene el cerebro distorsionado por la sangre, si crees necesario que yo, con mis manos que deseo preserven la tuyas de estos actos de crueldad, dé muerte aquí mismo a estos posibles futuros obstáculos involuntarios para nuestra causa de desterrar para siempre el trono del país.

La frialdad de gesto, mirada y palabras del Inflexible mantenían en suspenso a todos. Algunas mujeres ahogaban sollozos. Salem el saharauí intentó mostrarse ecuánime y calmado.

--Como muy bien ha dicho tu hermana Mariem, ya ha corrido suficiente sangre hoy. La justa. La sangre del rey. Estos niños, en absoluto culpables, medio hermanos de todos nosotros los humillados por la verga regia, pueden crecer lejos de los palacios, en los campos de refugiados con los niños del sur, en las escuelas de los barrios populosos de nuestras ciudades, con los demás niños, víctimas inocentes de sus amos corruptos y corruptores -Fatema y Mariem asentían silenciosas a las palabras del taimado saharauí-. Permite, amigo Yamel, que mis manos sigan inmaculadas de sangre, para lo que puedan servir en el futuro, y organiza la distribución por todo el país, no ya de estos cuatro niños varones, sino de todos los hijos e hijas innumerables del rey muerto.

Toda la corte allí reunida, temerosa de un acto sangriento y cruel en su presencia, pareció respirar tranquilizada. Yamel el Inflexible bajó el brazo armado de curvo alfanje, aunque en apariencia dudoso todavía sobre lo que debía hacerse, y dejó correr a los cuatro niños hacia los brazos de las mujeres. En aquel momento uno de los capitanes de dentadura áurea entró en el salón y le comunicó a Yamel algo al oído; en concreto, que en uno de los cuarteles de las afueras de la ciudad roja había resistencia armada. Yamel encargó a Salem, a Fatema y a Mariem organizar la nueva normalidad en palacio y, con el grueso de la guardia y la mayoría de sus compañeros de conspiración, cada uno de ellos a galope de un caballo blanco y seguidos por numerosos habitantes de la ciudad, en su mayoría también vestidos de blanco, atravesaron la ciudad roja, a la luz de una hermosísima luna llena en el centro del cielo,

hacia el cuartel rebelde.

Porque aquella fue, también, la noche de las capas blancas. Los treinta y cinco capitanes de la dentadura áurea, jefes supremos de la conspiración, habían limpiado sus dentaduras de oro del blanco barniz, pero a la vez se habían vestido de blancos seruel, capa y alzá n y se habían hecho ensillar treinta y cinco caballos blancos con ricos jaeces dorados que les aguardaron en las caballerizas de palacio. Más tarde, cuando avanzaba la noche y consumado el sacrificio del rey, la carga de la caballería con jinetes de blanca capa y mandada por la mayoría de aquellos capitanes sobre blancos caballos, la carga contra el único cuartel de la ciudad roja que no había podido ser atraído a la conspiración, fue memorable para las gentes de la ciudad –la mayoría también con alguna prenda blanca en el vestido- que la presenciaron a la luz radiante de una rotunda luna llena. El ataque de aquel ejército blanco contra una masa de pardos y asustados soldados en desorden había durado pocos minutos, pero su impacto en la retina de la gente fue muy duradera; todavía hoy lo narran los viejos con el orgullo -verdadero o no, lo mismo da- de haberlo presenciado.



ASÍ EL NEGRO, UNO DE LOS CAPITANES DE LA DENTADURA ÁUREA

Lauari Bujudmi se despide de Francesco Mengano y de Halimo en Nápoles y regresa a la ciudad de los vientos

Lauari Bujudmi no había podido soportar el ambiente crispado de los primeros días posteriores al triunfo de la conspiración, las ejecuciones continuas en la ciudad roja, la crueldad de la gente en la destrucción de todo aquello que recordaba a sus antiguos y crueles señores, la que se le antojó casi enfermiza violencia de los capitanes que la conspiración había convertido en nuevos dueños del país, y pidió permiso a Salem y a Yamel el Inflexible para volver a Salé, reunirse con el capitán Francesco Mengano y regresar a su tierra, a la ciudad de los vientos.

--Intuyo que es necesario, pero me horroriza tanta sangre derramada
-le dijo a Salem.

Y Yamel le respondió:

--Dichoso tú, Bujudmi, que no has tenido que ensangrentar tus manos y corazón. Siento que ya nunca volverá a existir para nosotros paz, la paz de la inocencia.

Fatema Bentmalek lloró en la despedida y, antes de que Lauari partiera, le hizo llegar, de sus sargas preciosas, un gran brillante para el capitán Mengano, una gran esmeralda para Halimo y un gran rubí para él mismo, Lauari, con una nota en la que les rogaba que no dejaran de visitarles, que no olvidaran que ella no les olvidaba.

El viaje de regreso a Salé, de nuevo en helicóptero, lo hizo Lauari en compañía del capitán de dentadura áurea jefe de la policía política de la zona, de regreso de la ciudad roja tras discutir la lista definitiva de notables a condenar a muerte y ejecutar. Era este hombre aún joven, llamado Asís, negro, alto y desgarbado, con un rostro que comenzaba a perder la espontaneidad y la alegría que sin duda tuviera en su no lejana adolescencia; la dentadura de oro, en contraste con su negra y brillante piel, al acentuar algunas rigideces de la mejilla al sonreír, le amojamaba un tanto. Aunque parecía querer disimularlo, se le veía preocupado. Había observado la familiaridad con la que Lauari trataba y era tratado por Salem y Fatema; se franqueó con él y, de alguna manera, le abrió su corazón.

--Hermano Bujudmi -le vino a decir-: agradezco en nombre propio

y en el de mi pueblo todo lo que has hecho por nuestra causa. Me siento muy orgulloso de ser uno de los conjurados, pero... todo ha sido muy duro y, de alguna manera, al mismo tiempo, me siento desdichado. Ha sido un tiempo extremoso éste que nos ha tocado vivir. Tengo una hermosa mujer como compañera, antigua concubina del maldito Malek, felizmente desaparecido, como yo deshonrada por él mismo, y creo que nos queremos y necesitamos para seguir adelante. Llevo conmigo la orden de ejecución de cincuenta y siete notables de la costa y antiguos responsables crueles... No más crueles que nosotros mismos, pienso, pero sin tener objetivos nobles que justificaran su crueldad, quiero pensar, como creo que fueron los nuestros... Y quiero confiarte mi pensamiento para que tu mente, libre del odio, me diga su parecer. Quiero, personalmente y uno a uno, degollar a esos cincuenta y siete notables, alguno de los cuales había estado incluso a mis órdenes en el tiempo nefasto anterior, y quiero hacerlo así para que ninguno de mis fieles tenga en la conciencia la sombra de esas muertes, ese bautismo maldito que la sangre imprime en quienes la derraman.

El negro Asís había hecho una pausa y había reposado su mirada, que a Lauari le pareció impregnada de honda tristeza, en los campos de trigo que sobrevolaban, casi a punto ya para la siega.

--No sé que será de mí cuando hayamos concluido con todo esto, pero sí te sé decir, amigo Bujudmi -y el negro Asís le había mirado con expresión de muchacho asustado-, que intuyo que no volveré a sentir más ganas de vivir como hasta no hace mucho sentía. Sé que de alguna manera el destino ha sido cruel con nosotros y nos ha hecho crueles, que Yamel el Inflexible, como yo mismo y nuestros compañeros, tal vez salvo Salem, no hubiera o no hubiéramos llegado a esto en circunstancias menos arduas... Hermano Bujudmi: estoy confuso. Tengo miedo de mí y de mis compañeros. Temo por nosotros... ¿Qué puedes decirme?

Lauari Bujudmi -muchos años después aún recordaría con precisión aquel viaje en helicóptero y aquellas confidencias que le emocionaran tanto- había sonreído para desdramatizar la situación y no había podido ser prolijo en sus palabras de respuesta.

--Capitán Asís: cuando creas que has cumplido tu deber para con tu gente, retírate y... huye lejos. Te ofrezco mi casa, allá donde yo esté entonces. Considérame un amigo.

No pudo continuar. El capitán de la dentadura áurea Asís el negro le había tomado las mejillas entre sus dos manos inmensas negras, había acercado a su frente los gruesos labios negros y le había besado, contacto blando, prolongado y firme, con un toque de sensualidad extraña que a Lauari le supo a inquietante beso, y, cuando al fin despegó los labios -húmedos, carnosos, negros- de aquella frente que consideraba amiga,

gruesos lagrimones rodaban mejilla negra abajo.

--Gracias, hermano Bujudmi, buen amigo -susurró y, los ojos cerrados como para contener el fluir de las lágrimas, pudo añadir medio inteligible-. Cuando esta noche degüelle a mis primeros condenados pensaré en ti, en tu alma blanca, y te ofreceré el sacrificio de sus malvadas vidas...

Después de un prolongado silencio entre los dos nuevos amigos, el helicóptero sobrevoló Salé. A lo lejos, la línea azul, linde del cielo y de la mar.

*

Cuando un escritor escribe sobre su propia escritura, sobre su propio mundo literario, no lo considera ficción sino realidad, no habla de él como de algo inventado sino como de algo real y, por lo tanto, más se considera cronista o historiador que fabulador.

Cide Hamete no era un novelista sino un historiador o un cronista. Narra algo que puede ser, que podría haber sido o, mejor aún, que podría ser. Y es que lo importante no es que sea así o haya sido sino que pudiera haber sido o pudiera ser. Eso es también realidad, es posible, lleno está el tiempo transcurrido de situaciones reales que no conocemos y más fantásticas aún que las inventadas por los buenos y malos inventores de historias. Más aún, este amanuense quiere recoger la definición máxima que diera un colega suyo sobre la literatura y sobre por qué él escribía; "lo que no puedo hacer, lo escribo", decía, "y es por eso que para mí es un arma contra la locura". "Lo que no puedo hacer", pero que sí se podría hacer, que es real o posible realidad, y que si no llega a materializarse es por un simple problema técnico, por falta de medios o de recursos, por falta de paciencia o de tiempo.

Siempre el tiempo es demasiado corto y hay cosas que bien pudieran realizarse con tiempo para ello, paciencia, medios, adecuada estrategia, qué sé yo, pero realizables, reales por lo tanto. En la escritura, un año o una generación creadora es abordable en unas horas o unos días de reflexión y trabajo sintetizador por ejemplo; un siglo de vida de un grupo, toda una edad, toda la historia del hombre sobre la tierra puede sintetizarla en unas líneas -muchas o pocas— un buen "historiador"; un buen "pensador" puede resumirlas, narrarlas y obtener posibles conclusiones válidas para otros, para el grupo, acercarse y acercarnos a una realidad que fue real aunque ahora ya sea pura "literatura", algo a investigar.

Y con harta frecuencia un historiador tiene que inventarse un tiempo pasado por falta de datos, por falta de información elaborar hipótesis o posibles interpretaciones, todas reales por posibles, simples fabulaciones sin más al fin. Pues tan real es la historia que nos narra Cide Hamete

como la que nos puede narrar Jacobo Burckhardt sobre el Renacimiento en Italia o como la biografía de un hombre señalado hecha por un contemporáneo suyo, como la biografía del padre del cuchillo que ahora elabora este amanuense, por ejemplo, años después de su desaparición de entre nosotros.

Y si pasáramos del que escribe al que lee... La literatura, como arma contra la locura o el descoloque, se manifiesta más obvia aún, si cabe. Vivir en el libro cuando vivir en la realidad es arduo, vivir o aprender a vivir de la mano de otros en los que confiamos, enriquecer una visión del mundo o un proyecto de acción con la sabia experiencia acumulada por otros y resumida en unas líneas -muchas o pocas, si breves mejor-, no son vivencias extrañas a casi nadie.

En fin -coletilla de amanuense-, el mundo sigue felizmente y a pesar de los esfuerzos de los depredadores, esos que cercan nuestro paraíso de las islas y contra los que únicamente se puede luchar echando mano a la información sin trabas que conduce a la posible lucidez, a la deseable objetividad, al saber vivir y comportarse, estar con los otros, ser feliz... o lo que sea eso de rozar la libertad.

"Literatura: acta notarial de la impotencia": eso pudiera ser.

Perdonen esta larga interpolación del amanuense. De vez en cuando le son saludables. Cómodas, más bien. Estas salidas del relato. Sobre todo cuando éste se le desmanda un poco. O en las transiciones. Del texto conservado en la biblioteca del Antiguo, "La epopeya de los treinta y cinco capitanes de la dentadura áurea", ha extraído el cuerpo central de lo hasta aquí narrado, aunque pudiera parecer marginal a lo que se le había encomendado en la asamblea de amanuenses, la historia de Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo.

*

A bordo del *Un león y una fénix*, Lauari Bujudmi se encontró con Halimo y con el capitán Francesco Mengano impacientes y algo preocupados ante las noticias inquietantes de la prensa diaria. Las emisoras de radio extranjeras que habían captado desde el carguero glosaban con tintes sombríos los sucesos recientes de la ciudad roja y se preguntaban por el futuro del país tras las sangrientas purgas en las que no pocos notables y hombres de negocios conocidos habían caído en desgracia o perdido la vida. Se buscaban oscuras motivaciones tribales y tensiones domésticas de palacio, pero eran unánimes en afirmar que el movimiento había sido muy bien acogido en los medios populares, tal vez por el anunciado fin de la guerra del desierto y la vuelta a casa de los soldados. Se decía también que un saharauí, Salem, misterioso desconocido para los informadores, parecía ser hombre influyente en el nuevo equipo y pieza clave para alcanzar una paz honrosa en el sur.

--Ahora que has vuelto, muchacho, debemos salir de aquí -dijo a Lauari el capitán Mengano.

Esa misma tarde el jefe de la policía, el negro Asís, con dos escoltas, subió a bordo del carguero y extendió los permisos necesarios para que el *Un león y una fénix* abandonara el puerto de Salé. Al capitán Mengano le entregó un pequeño paquete con el ruego de que lo abrieran ya fuera de puerto y les agradeció su ayuda.

--Sepan que desde ahora, y para siempre, serán ustedes invitados ilustres en este país. Nunca les agradeceremos lo suficiente su desinteresada ayuda a nuestra causa. Corren tiempos duros y creo que los días de fuego y sangre aún se prolongarán; pero cuando se haya calmado la tormenta, no duden en comunicarse con nosotros. Tal vez los necesitemos para reconstruir la paz que todos deseamos.

Luego, en cubierta, antes de descender a bordo de la motora que le transportaría a tierra, abrazó a Lauari y le dijo, antes de los besos de despedida:

--No dejes de comunicarte conmigo, amigo, de decirme dónde podré encontrarte cuando la hartura de sangre, si es que no termina conmigo, me haga huir lejos, como tú me indicaras.

Lauari Bujudmi se lo prometió así.

En alta mar el *Un león y una fénix*, el capitán Mengano llamó a los dos jóvenes de la ciudad de los vientos para abrir el envoltorio que les entregara el jefe de la policía de la región de Salé, Asís el negro. No hubo sorpresas. Más dinero para repartir entre los tres, según cartas de Salem y de la princesa Fatema Bentmalek, cartas de amistad y de agradecimiento con ese trasfondo ya familiar de preocupación y tristeza. En la dedicada a Lauari Bujudmi, Fatema Bentmalek terminaba rogándole que volviera cuando un nuevo equipo, sin sangre en sus manos, hubiera sido capaz de comenzar a organizar una vida cotidiana más humanizada y en paz. "Es lo único que este sufrido pueblo nuestro necesita". Terminaba la misiva con una renovada formulación de aquel "no olvides que no te olvido" con que se había despedido del joven en el palacio de la ciudad roja. Trataba de un tiempo -Lauari lo intuía con claridad- que había de demorar mucho aún en perfilarse.

Pocos días después estaban en el puerto de Nápoles. Francesco Mengano tenía prevista aquella escala para preparar nueva carga y se entrevistó con sus agentes allí. Lauari Bujudmi tuvo ocasión entonces de pasear aquella ciudad que de niño, en aquel mismo carguero, el mismo capitán Mengano le había impedido visitar. Bromearon al respecto y, en un descanso en una trattoria de la ciudad, Francesco Mengano volvió a decirle a Lauari palabras de esas que mucho después aún se recuerdan.

--Amigo Lauari: nuestro compañero aquí presente, Halimo, he comprobado que ya es un verdadero hombre de mar. Pero tú, no. Tu eres un terrícola, un animal terrestre, hombre de tierra a pesar de que el mar te subyugue y enamore -y el viejo capitán de pelo y barba rojos sonreía socarrón ante un Lauari que le mantenía la mirada serio-. Hace años, cuando de niño viajaste de polizón en este barco, te dije que me llamaras cuando fueras hombre de mar y me necesitaras. Acudí a tu llamada, pero no me encontré con un marino todavía. Te emplazo, por lo tanto, para una nueva entrevista y una nueva oportunidad de viaje juntos. Halimo, si lo desea, puede continuar conmigo. Llegará a ser un buen patrón. Pero tú, no. Vuelve a tu ciudad de los vientos. Si lo deseas, iníciate en la vida marinera y llámame de nuevo cuando te sientas ya hombre de mar. O, si lo prefieres, podemos quedar citados aquí, en Nápoles, dentro de cinco años. Ese puede ser el tiempo que necesites -hizo una pausa, encendió la pipa y contempló a un Lauari cabizbajo y mudo-. El mar te da alas a la vez que te las recorta. Quizá no necesites una especialización tan dura y absorbente. Piénsalo bien. Tu vida es tuya y eres tú quien debe decidir qué hacer con ella.

Desde Nápoles, Lauari Bujudmi volvió a la ciudad de los vientos en avión. Al despedirse de Halimo y del capitán Mengano, con quien el pescador había decidido continuar viaje, Lauari no conseguía articular palabras inteligibles; inusual congoja se le atenazaba a la garganta y le hacía como gorjear o emitir gruñidos graves, sordas medias palabras. La emoción de Lauari se le comunicó a Halimo ante la mirada divertida del veneciano. Y no hubo más. Lauari supo que en la entrevista que había de celebrar, transcurridos cinco años, con el viejo capitán, debía de tener ya pergeñado su proyecto de vida. Y supo que así había de suceder, aunque vagamente dudó de que pudiera llegar a ser un verdadero marino.



TU ATMÓSFERA ES EL AMOR

**Fin de la I parte
de la historia del padre del cuchillo
con la aventura de los 35 capitanes de la dentadura áurea.**

Orán-Madrid,
verano de 1985.

Edición digital para el Archivo de la frontera,
Arriondas, verano de 2023.